

cia 'histórica' de sus escritos, que optarán por la elaboración de obras personales, indiferentes a los temas de 'actualidad social'. Este repliegue, sin embargo, permitirá un desarrollo notable de las formas: se adaptarán procedimientos y técnicas a la propia realidad, se experimentará con audacia en la estructura de la poesía y la narración, se renovará el lenguaje literario.

Esta síntesis apretada del ensayo de Jean Franco sólo se refiere a las grandes direcciones por las que avanza su investigación; pero deja de lado, por desgracia, lo más valioso que contiene: el análisis particular de las obras, las conexiones que establece apoyada en citas convincentes entre los ideales estéticos de cada autor, de cada periodo, y la situación social del momento, las brillantes intuiciones que le permiten descubrir las relaciones, a veces insospechables, entre una técnica narrativa o un

procedimiento poético, y una ideología política o un sistema moral. En una de las páginas más sugestivas de su libro, resume aquellas características que diferencian a la literatura americana de las del resto del mundo. La primera es, según ella, que en tanto que en el arte occidental prevalece la experiencia individual a las relaciones entre sexos, la mayor parte de las mejores obras latinoamericanas "tratan fenómenos sociales o ideales sociales", o se refieren "a ese amor que los griegos llamaban *agape*, ese amor de uno por sus semejantes". *En esto reside la verdadera originalidad del arte latinoamericano* —dice—: *en haber mantenido viva la noción de una sociedad más justa y humana y en seguir poniendo énfasis en estas emociones y relaciones, más anchas que las puramente personales.*

Londres, febrero, 1968.

sobre el axioma

Por Gabriel Zaid

En 1956, un geómetra español publicó en Buenos Aires un *Nuevo tratado del paralelismo*, que incluía, entre otras cosas sorprendentes, el teorema de que en la hipótesis lobacheskiana, "un par de paralelas es siempre superponible con cualquier otro par de paralelas". El mismo teorema, demostrado por un procedimiento diferente, apareció cinco años después en *Geometrias no euclidianas* de Luis Santaló, también en Buenos Aires. Por correspondencia, el profesor Santaló nos remitió a *Elementare Einführung in die Lobatschewskische Geometrie*, de A. P. Norden, publicado en Berlín Oriental en 1958, aunque originalmente en Moscú, en 1953, donde el profesor ruso llegaba al mismo teorema, aunque todavía por otro procedimiento. En 1961, el profesor canadiense H. S. M. Coxeter, incluyó en *Introduction to Geometry*, todavía por otro procedimiento, un teorema equivalente atribuido a D. W. Crowe. Por correspondencia, el profesor Coxeter

nos aclaró que Crowe no había publicado antes el teorema.

Pero Rafael Dieste, autor del *Nuevo tratado del paralelismo*, y conocido hasta entonces como escritor, y en particular, en conexión posible con estos problemas, por sus ensayos filosóficos, no mostró ningún interés en establecer sus derechos. Su verdadera preocupación en los últimos diez años, por lo que ahora se ve, fue explicarse "lo que había sucedido". Esta explicación tiene dos aspectos, uno geométrico y otro filosófico, que se corresponden con dos breves, luminosos y apretados ensayos que ahora publica en Galicia: *¿Qué es un axioma?* seguido de *Movilidad y semejanza*.

"Lo sucedido" geoméricamente en la prueba de Dieste, está estrictamente ligado a su procedimiento y, desde ese punto de vista, tiene una significación mayor que en los otros autores. "Lo sucedido" es esto: Dieste ha encontrado la mutua dependencia geométrica entre

los axiomas de movilidad y el llamado axioma de la semejanza. Hasta ahora se había supuesto que estos axiomas eran postulables independientemente.

El hecho de que no lo sean, y la situación histórica de ese hecho, tiene implicaciones filosóficas que son las que se examinan en *¿Qué es un axioma?* La situación histórica puede indicarse rápidamente, transcribiendo unas líneas del artículo *Prueba de Gödel* del *Diccionario de filosofía* de José Ferrater Mora: "Hasta 1931 se creyó que era posible llevar a cabo el programa de completa axiomatización de la matemática propugnado por David Hilbert y otros autores. [...] Kurt Gödel echó por tierra semejante suposición. Mostró que, dado un sistema lógico razonablemente rico [...], tal sistema es esencialmente incompleto, por aparecer cuando menos un enunciado o teorema que no es decidable en el sistema." Hilbert había publicado en 1899 sus *Fundamentos de la geometría* en esa línea programática. Dos años antes, en su *Ensayo sobre los fundamentos de la geometría*, Bertrand Russell había llegado a señalar la importancia del Axioma de Libre Movilidad pero no a mostrar su interdependencia con el Axioma de la Semejanza. Esa línea de investigación geométrica quedó suspendida. Con Hilbert se había encontrado una "solución" filosófica. La problematización que justificaba la investigación se desvaneció.

A partir de la "solución" filosófica del problema geométrico se aceptó en geometría que ya no había por que preocuparse por demostrar la validez de sistemas lógicos incompatibles entre sí: se aceptó que todos eran válidos, unos frente a otros, con tal que fueran internamente consistentes. Lo curioso de esto es que fue visto como un "hecho" geométrico que autorizaba, supuestamente con base científica, a hablar de una "crisis en la ciencia", que desbordaba su origen regional para poner en crisis mucho más que eso, en particular la noción de axioma. Una *decisión* filosófica frente a un problema geométrico aparecía de vuelta en la filosofía como una *consecuencia* filosófica de un "hecho" geométrico.

El esquema de la solución implícita es el siguiente:



a] No se ha podido demostrar el Quinto Postulado.

b] No se ha podido demostrar que es indemostrable.

c] No se ha podido demostrar que es imprescindible para la construcción de sistemas lógicos consistentes razonablemente ricos (las llamadas geometrías no euclidianas).

d] Para resolver todo esto se decide (lo que pudiera llamarse el Postulado de Hilbert): La axiomática euclídea está contenida exhaustivamente en la formulación lógica de Hilbert (o en otras posteriores del mismo tipo). Y a partir de esa decisión, etc.

Treinta años más tarde viene la Prueba de Gödel que niega el "Postulado de Hilbert." ¿Y qué sucede en geometría? Nada hasta hace poco. Por uno de esos hechos de la sociología del saber, a los cuales ni las ciencias exactas son ajenas, el problema "oficialmente" había desaparecido. Para las nuevas generaciones académicas hasta hubiera sido mal visto replantearse. La decisión de la gene-

ración anterior se había vuelto "verdad socialmente aceptada".

El libro de Dieste admite dos lecturas. Quien se interese en la parte geométrica encontrará en *Movilidad y semejanza* la esencia de lo que aportó el *Nuevo tratado del paralelismo* en una secuencia brevísima y elegante. Quien se interese en *¿Qué es un axioma?* encontrará un penetrante examen de la noción de validez y una imaginativa mostración de lo que significa "postular".

En un intento de "traducción" literaria, Gödel y Dieste vendrían a decir que ningún diccionario agota el lenguaje (Gödel) y que cualquier palabra alude a todo el lenguaje (Dieste). Los diccionarios no son la última instancia del lenguaje. Al revés: los diccionarios tienen sentido en el horizonte del lenguaje, que es su última instancia. Pero esta "traducción", tan fácil de aceptar en términos literarios, no da idea de la profunda novedad y rigor de Dieste en el lugar de origen del problema.

finido por él como "una amalgama del marxismo con el atraso salvaje y primordial de Rusia", y aun muestra sus efectos en la sociedad rusa del presente. El stalinismo a su vez promovió eso que el autor llama "décadas de falsificación stalinista que han conducido a la amnesia colectiva" [del pueblo ruso], así como a la más rígida imposición a la expresión artística y literaria. Las dos tendencias: la revolucionaria, cuya sólida tradición se remonta al siglo XIX, y la autoritaria que, no menos decimonónica en su origen, se enquistó en el régimen de Stalin y aun hoy muestra su faz, interactúan dialécticamente en la Rusia que nos habla, 50 años después del triunfo de Lenin, en el lenguaje de una gran potencia mundial. No debemos dudar, sin embargo, acerca de la convicción que anima a Deutscher en el sentido de que la revolución rusa es susceptible de ser concluida y que, al fin y a la postre, la tendencia revolucionaria del pueblo soviético triunfará por sobre la élite privilegiada que actualmente regenta el poder en la Unión Soviética.

Este juicio adverso y a la vez favorable de la Revolución de Octubre no debe sorprendernos aun cuando se trate de un marxista. Cuando todo queda dicho en contra del socialismo implantado en la URSS, no puede negarse que el sistema económico instaurado en 1917 ha permitido a la URSS un extraordinario salto productivo que le ha puesto —en un periodo que, si hemos de tomar como base aquellas ocasiones en que la URSS ha podido disfrutar de una paz relativamente prolongada, no excede de 25 años— en una posición de poderío internacional que es a todas luces algo extraordinario. No obstante, Deutscher nos pone las cosas en su debida perspectiva histórica cuando nos dice: "Marx habla del embrión del socialismo como algo que crece y madura dentro de la matriz de la sociedad burguesa. En Rusia podríamos decir que la revolución socialista intervino en una etapa muy temprana de la preñez, mucho antes de que el embrión hubiese tenido tiempo de madurar. El resultado no fue un nacimiento, pero tampoco fue un cuerpo viable de socialismo." Según Deutscher, dos pre-condiciones del socialismo se hallaban ausentes en Rusia: el carácter social del proceso productivo no se había desarrollado a plenitud —como no se ha desarrollado en ningún país subdesarrollado—, ni tampoco se hallaba presente "esa abundancia de bienes y servicios que la sociedad tiene que tener si es que ha de afrontar —en un alto nivel de civilización— las necesidades de sus miembros en un modo que se aproxime a la igualdad". De ahí las enormes dificultades —aparte de las que sobrevinieron como consecuencia de la prolongada hostilidad de los países capitalistas hacia el nuevo régimen— con que se confrontó el primer país socialista del mundo al tratar de edificar el sistema cuando las condiciones para ello no habían madurado aún lo suficiente. En ese momento, dice Deutscher, los Bolcheviques asumen el papel de una élite revolucionaria,

la revolución inconclusa

Por Manuel Maldonado-Denis

Isaac Deutscher murió hace unos meses a los sesenta años de edad. Polaco de nacimiento, marxista y anti-stalinista, nos legó las biografías definitivas de Trotsky y de Stalin. Es de lamentar el hecho de que su conocimiento a la vez agudo y profundo de la sociedad soviética y de la revolución rusa de 1917, nos dejara huérfanos de la biografía que Deutscher —en el momento de su muerte— preparaba sobre Lenin. Y es lástima porque así hubiésemos tenido la oportunidad de que la pluma siempre ágil de Deutscher nos ofreciera la cincelada de uno de los más grandes —si no el más grande— de los revolucionarios del siglo XX.

Esencialmente un estudioso del marxismo y del comunismo, Deutscher tiene la enorme ventaja por sobre otros historiadores de este siglo de que su crítica es siempre la crítica no del ideólogo de la guerra fría que ha renegado del marxismo y que habla "urbi et orbi" del "dios que falló" sino la del intelectual marxista que lo es en el sentido más puro del vocablo: marxista en tanto en cuanto lo es aquel que ve en las doctrinas de Marx no un recetario prescrito de antemano por úkase burocrático, sino un método flexible y rico de investigación histórica y sociológica que nos permite una explicación más racional de los fenómenos sociales observados en una perspectiva histórica.

Este libro nos muestra a Deutscher desde la perspectiva del teórico marxista. Compuesto del texto de unas conferencias que el autor pronunciara en la Universidad de Oxford como preludeo

a la celebración de los 50 años de la Revolución Bolchevique, el libro es un intento del autor de hacer una síntesis apretada de lo que él llama "la revolución inconclusa". "Inconclusa" porque, a juicio de Deutscher, la Revolución de 1917 en Rusia no ha podido realizarse a plenitud, sino que se halla trunca, habiéndose logrado sus fines sólo hasta cierto punto. No obstante, la tradición revolucionaria que llega a su punto culminante en la figura de Lenin se halla aún viva en el pueblo ruso. Frente a esta tendencia la opuesta —la que propende hacia las actitudes autoritarias y hacia la creación de una casta de burócratas privilegiados— llega según el autor a su punto culminante en el stalinismo, de-



Deutscher